

Autor: Enrique Tenenbaum – letra, Institución Psicoanalítica

Título: El cuerpo extraterritorial

Dispositivo: Mesas Simultáneas de Trabajos Libres

...Freud, digo, para nombrarlo. Pues nadie puede nombrar analista a alguien, y Freud no nombró a ninguno. Dar anillos a iniciados no es nombrar. A ello se debe mi proposición de que el analista no se historiza más que de él mismo: hecho patente. Y aun cuando se haga confirmar por una jerarquía.

J. Lacan. Prefacio a la edición inglesa del Seminario II.

El título de este Congreso sugiere una transformación de la tríada freudiana acuñada como inhibición síntoma y angustia, ubicando al cuerpo en sustitución de la angustia. Voy a tomar en consideración el modo en que Lacan se refiere al cuerpo en ocasión de su tercera vez en Roma. En esa alocución señala que el malestar en la cultura se anima con el miedo, miedo de nuestro cuerpo, y que esa animación se manifiesta en un fenómeno que se llama angustia. *La angustia es el sentimiento que surge de la sospecha que nos embarga de quedar reducidos a nuestro cuerpo.*

En la medida en que la angustia es –desde Freud- angustia de castración, no habrá modo de seguir considerando al cuerpo como el cuerpo natural que nos es dado: será un cuerpo atravesado por la castración. Tampoco será esta angustia un observable clínico entramable en algún nuevo síndrome, trastorno mental o déficit químico, sino que devendrá efecto específico del encuentro del sujeto con la pregunta acerca de su lugar respecto de la falta en el Otro.

De este modo el cuerpo toma lugar en las tres dimensiones de la práctica analítica nominadas por Lacan como Real, Simbólico e Imaginario. En tanto consistencia, aquello que se mantiene unido, aquello que del pensamiento produce en el hablante una captura por su imagen, eso queda indicado como el cuerpo en tanto imaginario.

Si la determinación simbólica de la angustia en tanto angustia de castración produce su efecto de Real –lo que no engaña- en lo imaginario del cuerpo, no podríamos considerar que las tres dimensiones en las que el cuerpo toma lugar en la práctica analítica puedan ser tratadas en forma aislada. Lo que convencionalmente los discursos sobre el cuerpo adhieren a éste, su cualidad de vivo o muerto, no podría

quedar aislado de las determinaciones provenientes de la práctica del psicoanálisis. La vida, que Lacan ubica en el seno inexistente de lo Real, pero proveniente de la ciencia que se ancla en el goce del Otro, es lo imposible de imaginar: de la vida no sabemos nada.

La muerte, de la cual tampoco sabemos nada, no es sólo la muerte del cuerpo sino la muerte de la cosa por obra del significante: la muerte se ubicará en lo Simbólico, tal como Freud nos enseñara desde su doctrina sobre las pulsiones, de vida y de muerte.

El cuerpo recibe así una caracterización nodal. Lo que permanece irreductible en el calce de los tres registros anudados borromeamente es el objeto **a**, objeto del que no hay ninguna idea, del que no se puede dar ninguna idea –Lacan toma aquí partido por la lógica de Aristóteles contra el idealismo de Platón- y que se corresponde escrituralmente con lo que puede responder a la función del analista: ofrecerlo al analizante como la causa de su deseo.

El objeto **a** hace resistencia a que las tres dimensiones del cuerpo puedan considerarse aisladamente, pero también a que puedan tomarse unificadamente, en el sentido de hacer del cuerpo una unidad –y por lo tanto contable, como lo hace el discurso político. El modo en que consideremos ese objeto dará lugar a prácticas discursivas diversas. Lacan plantea la suya –que hacemos nuestra- de este modo: “...el cuerpo goza de objetos, siendo el primero de ellos el que escribo como **a**, el objeto mismo... del que no hay idea... idea en tanto tal... salvo al romper ese objeto, en cuyo caso sus fragmentos son identificables corporalmente y, en tanto añicos del cuerpo, identificados. Únicamente por el psicoanálisis, y por ello, constituye este objeto el núcleo elaborable del goce...”

Esta específica caracterización del objeto es lo que exige que el psicoanálisis reclame, en relación a las otras prácticas que inciden, directa o indirectamente sobre el cuerpo, una posición también específica. El modo en que los psicoanalistas se han posicionado respecto de esta cuestión ha variado según las épocas y las comarcas. En particular en nuestro medio y en los últimos años se ha pasado de la asimilación a la confrontación. La primera se verifica tanto en la demanda de analistas por parte de las empresas prestatarias de servicios de salud como por la

intromisión de los términos de la salud mental en las conversaciones de analistas. La segunda se encuentra en los fallidos intentos de coquetear con las legislaciones en uso o por venir.

Mi posición es que el psicoanálisis debe considerarse como una práctica extraterritorial –sea respecto de la política, de la medicina o de la jurisprudencia.

Dicha posición extraterritorial coloca al practicante en una situación de tensión entre el saber que lo ha formado y el oficio al que se ha volcado. En *Variantes de la Cura Tipo* Lacan sostiene que “...todo reconocimiento del psicoanálisis, lo mismo como profesión que como ciencia, se propone únicamente ocultando un principio de extraterritorialidad ante el que el psicoanalista está en la imposibilidad de renunciar a él, incluso de denegarlo: lo cual le obliga a colocar toda validación de sus problemas bajo el signo de la doble pertenencia...”

Esta doble pertenencia deja traslucir no sólo la cuestión de la profesión liberal a la cual el psicoanalista debe sus obligaciones cívicas, sino la tensión entre la práctica en intensión y su puesta en la extensión, lo que incluye –y muy especialmente- la cuestión de la autorización.

En este punto Lacan compara el reconocimiento del analista y de su práctica con el de la exteriorización de un tumor que ataca al organismo. La impronta médica de la metáfora deja entrever el punto de discordia que se expresa en el deseo de reconocimiento por parte de la Academia –anhelo que Freud nunca abandonó- y la realización del mismo bajo la forma de cuerpo extraño –la peste.

Cuando Lacan retoma la cuestión en su *Proposición del 9 de octubre de 1967*, produce el pase a retiro del término extraterritorial al proponer la dupla intensión –extensión en concordancia con un afinamiento de la topología, centrada entonces en el corte del *cross cup*. Allí pronuncia la conocida y repetida frase acerca de *que en el horizonte del psicoanálisis en extensión se anuda el círculo interior con el que trazamos la hiancia del psicoanálisis en intensión*.

Parece quedar indicado allí que la intensión y la extensión reclaman una continuidad topológica sin quiebres, tal como muchos años después Lacan lo sostiene –en *Encore*- al afirmar que entre lo que él hace en su consultorio y lo que hace en su

seminario no hay impasse, lo que deja traslucir -por el significante en juego- uno de los modos en que se puede leer la lógica de un procedimiento de pase.

Y, sin embargo, a Lacan se le hace necesario indicar que esa continuidad está balizada, alterada, surcada por puntos de empalme que, como tales, ponen en entredicho la mentada continuidad. Esos puntos de empalme son situados de tres modos: la entrada en análisis y el fin de análisis, la intensión y la extensión -entendida esta última como lo que presentifica al psicoanálisis en el mundo-, y el pasaje de analizante a analista.

¿Cómo pensar esos pasajes, esas fronteras, con qué terminología, con qué operaciones? Entiendo que es en esos tres puntos de empalme que el término “extraterritorialidad” guarda aun una pertinencia para nuestra práctica, ya que permite dar cuenta de aquellos movimientos en los que una frontera es atravesada sin que todos los efectos de dicho atravesamiento tengan lugar.

En efecto, en Derecho se entiende por sistemas de extraterritorialidad aquellos en los que la jurisdicción y leyes de un Estado soberano no se aplican a determinadas personas que se encuentran en su territorio.

Freud no hizo uso del término extraterritorialidad, pero era el sentido de lo que imaginaba cuando definía la represión como la persistencia de la lógica de un sistema cuando una representación había atravesado la frontera y se manifestaba en otro sistema.

La misma lógica se aplica cuando aseguraba que la situación analítica no tolera la presencia de un tercero. Ese tercero puede tomar distintas formas y diversos nombres.

Si el nombre de ese tercero es la pretensión de una legitimación de las prácticas discursivas que inciden sobre el cuerpo hablante, la extraterritorialidad define con precisión las coordenadas de la práctica analítica, no admitiendo otra legislación que las leyes inherentes a su práctica, las que en un esfuerzo minimalista reduciremos a las que se siguen de la hipótesis de existencia de l'inconsciente y de la suposición de sujeto al saber.

La tensión, producto de la doble pertenencia que resulta de la extraterritorialidad - como profesional liberal y como practicante del discurso del psicoanálisis- será uno de los meollos con el cual habrá de lidiar aquel que se autorice como analista.